

Rafael Chaparro Madiedo

Opio en las nubes

icono •

Contenido

Prólogo de Fabio Rubiano Orjuela	9
OPIO EN LAS NUBES	
Pink Tomate	15
Una ambulancia con whisky	26
Unas babitas, dos babitas	36
Los ojos de Gary Gilmour	41
El aliento de Marilyn	50
Lluvia trip trip trip	63
Ángel de mi guarda	68
Helga, la ardiente bestia de las nieves	86
Opio en las nubes	98
La sucia mañana de lunes	105
Café negro para las palomas	111
DC-3 espinacas de mayo	124
Alabimbombao	134
Los días olían a diésel con durazno	139
Una lógica pequeña	167
Cielitos restringidos	172
Ruta 34A Meissen	176
Jirafas con leche	196
OBRA POÉTICA	
De este lado de las nubes	209
Poema para Jim Morrison	213
Las siete espadas	217
Blues de los venados	220
Blues del jinete solitario	223
Blues del rey derrotado	226
Blues de la putica triste de la taberna	228

Prólogo

PERSONAS

El verdadero Gary Gilmour fue ejecutado por el método de fusilamiento en la prisión de Utah. Él mismo dio la orden: «*Do it*». Había matado a dos personas, lo sentaron en una silla, lo amarraron, le pusieron ropa oscura, y un médico, luego de dictaminar dónde quedaba el corazón, le colocó en el sitio indicado un trapito rojo para que los guardias hicieran puntería. El Gary Gilmour de *Opio en las nubes*, el de Chaparro, prefiere la silla eléctrica, es más caliente, es más teatral, más acorde con el voltaje de su vida. Gary se puede pasear por el malecón, a orillas del mar de Bogotá a mediados de los noventa, puede hablar con un borracho y con un par de gatos vagabundos, o podría estar santiguándose en una celda frente al afiche de Foreman mientras escucha Wagner antes o después de su propia muerte.

Por más llenos de fantasías, paradojas, anacronismos o características extremas, los personajes de *Opio* son seres de carne y hueso, se mueven con el descaro de los inclasificables, lo que traduce: sinceros. Estas personas, incluyendo los gatos, llenos de sueños podridos y sangre con olor a vodka o a nitrógeno o a sopa de paquete, caminan por todos los sitios de una ciudad que nosotros hemos caminado o por lo menos hemos querido caminar. Se drogan como no hemos sido capaces, como lo logró Burroughs con la heroína y la pluma, pueden tomar whisky a las siete de la mañana como lo hizo Bukowski con el vino y la cerveza hasta la muerte (recordemos su propuesta de epitafio: «Aquí yace Bukowski, podrido en la vida y aquí también»). Lo

mejor de estos personajes es que no representan a nadie, son lo que son, no imitan ni se parecen, incumplen su cita con la alegoría, vomitan ante lo emblemático. Están vivos y muertos, son personajes perpetuos. Por eso el Gary de Rafael Chaparro no tiene por qué parecerse al gringo, no le debe más que el nombre.

ESPACIOS

Susana Carrié me contaba de un sueño recurrente en el que Bogotá tenía mar; según el sueño, el mar quedaba detrás de Monserrate. Otras personas, que no sueñan, lo imaginan a la altura de la avenida 68, pero no con playas turísticas. Este océano es una especie de soporte a un puerto sucio, algo así como un río Bogotá en macro, una zona industrial salada. En *Opio*, el mar de los ciudadanos no tiene una ubicación exacta; solo queda más allá del malecón. Probablemente es la desembocadura de un sistema de aguas negras y también el destino final de algún tramo de la mágica avenida Blanchot. Este mar desempeña también el papel mítico de ciertas tradiciones según las cuales por el mar se va al otro mundo: algún personaje se sube en la barca, se aprovisiona de dos paquetes de cigarrillos sin filtro y una botella de whisky o de vodka para estar borracho en altamar, mientras quien se queda en la orilla le jura amor eterno.

En algún lugar de la ciudad, cerca o lejos de la avenida Blanchot, están los bares: el bar La Gallina Punk, el bar Kafka, el bar Anaconda, el bar Los Moluscos, el bar La Sucia Mañana del Lunes —donde nadie es nadie ni habla con nadie—; está el Café del Capitán Nirvana y el Opium Strip Tease, el hospital, la cárcel y el hipódromo donde dos mujeres, Amarilla y Marciana, en dos lugares diferentes de la novela nos enseñan a hablar de amor.

...déjame ver tus ojos déjame ver si también tienen los sueños
vuelos mierda como los míos ven Max estréllate contra mi
carne destrózame córtame en pequeños pedazos y llévate los y
bótalos cerca de aquellos árboles donde nos veíamos cuando
terminábamos los días en medio de la metralla del tedio y del
silencio ven Max y toca mis nalgas tócalas pálpalas recórrelas
termina de romper mis calzones blancos y llenos de rotos
tristes llenos de agujeros de nicotina y licor amor descalabro
café negro no cierres la ventana ven Max quiero que
escribamos un poema con nuestra sangre sobre ese cielo azul
tan ausente tan callado tan distante ven para acá Max hazte a
mi lado porque hace frío Max súbete en mis piernas súbete en
mis pesadillas y no te bajes súbete en mis pechos y estíralos
muérdelos llénalos de babas de sudores de olores de colores
de cometas de gritos y de miedos pero no te vayas toma un
poco de chocolate dame la mano dame muchos besos por
todas partes quiero que recuerdes mi olor cuando pases por
las avenidas por los bares, por los parques que recuerdes mi
canción rota y demente en cada hoja de cada árbol quiero que
sepas que siempre estaré esperándote cerca de un espejo para
que toques mi cuerpo por detrás por encima por los lados por
la tangente con tus manos con tus dedos y que siempre mi
pequeño Max escribiré tu nombre en el espejo mientras me
tocas mientras me inyectas toda tu oscuridad en mi oscuridad
mientras te desangras en mi sangre...

Y a hablar del dolor: Te amo perro. Quiero que por favor
rompas el vaso donde tomaba vodka y quemes las fotos de los
paseos a la playa, quiero que arranques mi olor de tus silencios,
de tus soledades y de tus domingos rotos. Te amo perro.

LA VOZ

No es solo el corazón de los amantes –porque aquí todos aman– el que se rompe cada tres páginas; son los calzones, las calles, los vasos, los pómulos y los nudillos por los puñetazos, las comisuras de la boca y, sobre todo, las palabras. El lenguaje a tono con el resto: construcciones rotas y párrafos desbordados donde se hace inútil imaginar una puntuación posible. La insignificancia o distinción de los personajes es también dada por su voz; cada uno es dueño de la suya. No podemos decir que aquí hay un habla cotidiana, sin dejar de decir que a la vez hay poesía. Frases sin terminar, monólogos atropellados, pedazos de basura o insultos crean una identidad general en esta novela y una particular en cada ser vivo de la historia. Se habla como se vive y se sigue hablando como se muere.

Los hombres y mujeres y gatos que aquí hablan despedazan sus párrafos para hablar no como se debe sino como se quiere, y no siempre el que quiere, puede. Chaparro puede quebrar también algunas tradiciones narrativas porque tiene disciplina, talento y maestría técnica. Eso se nota: detrás de esto hay un proceso de reflexión y de preparación. Es su primera novela publicada, pero no es su primer escrito. Un autor no nace con su primera obra como tampoco muere cuando deja de escribir.

PRÓLOGO

No voy a hacer una biografía del autor porque no es lo que sé de él. Haré una presentación de su obra porque es lo que significa un prólogo. No solo no fui amigo de Rafael Chaparro sino que lo conocí muy poco personalmente. Tengo algunos datos de una prima llamada Paola que salió con él unas dos veces y me

dijo que casi no hablaba y que le leía escenas de la novela por teléfono. No sé si es verdad, no sé si importe. Algunos de sus amigos que tampoco son amigos míos me contaron un par de anécdotas que no registro, primero porque son tristes y segundo porque llegarían de tercera mano.

Hablé con él el día que le confesé mi interés por adaptar su novela para teatro, que quiere decir lo mismo que querer verla. Ya la había leído y ahora tenía la necesidad de verla en un escenario, ver a los personajes, escuchar sus textos adaptados como diálogos, sentir el sudor de Sven, mirarle las tetas a Amarilla (y de una vez a Marcela, que era la actriz) como se las miraban sus gatos; ver la electrocución de Gary Gilmour, el *striptease* de Harlem, la camisa de fuerza de Marciana y Highway 34.

El día exacto en que terminé la adaptación me enteré por el periódico que se había muerto. Tenía 31 años, también yo. Hoy tengo 35, él todavía 31. En cien años seguirá teniéndolos, como sus personajes, con la misma lozanía como cuando fueron escritos.

Los personajes de *Opio en las nubes* pueden ser déspotas, promiscuos, alcohólicos, desordenados, viciosos o dulces. Eso nos agrada o nos molesta, nos motiva o nos da ideas, no sé. Las características del escritor —si en la niñez odiaba la colada, el tamaño de sus cartas de amor, si era adicto a los ajos o si hacía llorar a sus amantes— son solo datos que estimulan la curiosidad de quienes quieren encontrar paralelos entre una vida llena de sufrimientos o alegrías desbordadas, ayunos o pecados capitales y literatura. Indagar si el escritor es parecido a sus personajes sería desatender su mensaje (si es que lo hay) de que cuando cuenta comprende, no juzga. No escribe mejor un cojo que un

RAFAEL CHAPARRO MADIEDO

atleta, no es mejor escritor un asesino, un santo o un pederasta que un detective, un pecador o un padre ejemplar. O... puede que lo sea, no por sus características de vida como por su lucidez y su capacidad para hablar del mundo vivido e imaginado. Un escritor es como Rafael Chaparro Madiedo.

Andrés Caicedo nos dejó una deuda al matarse; Rafael, por su cercanía, nos adeuda más. Solo que él no se quería morir. Nunca fui amigo de él. Lástima.

—FABIO RUBLANO ORJUELA

Prólogo a la segunda edición en 1998

PINK TOMATE

Soy Pink Tomate, el gato de Amarilla. A veces no sé si soy tomate o gato. En todo caso a veces me parece que soy un gato al que le gustan los tomates o más bien un tomate con cara de gato. O algo así. Me gusta el olor del vodka con las flores. Me gusta ese olor en las mañanas cuando Amarilla llega de una fiesta llena de sudores y humos y me dice hola Pink y yo me digo mierda, esta Amarilla es cosa seria, nunca duerme, nunca come, nunca descansa, qué vaina, qué cosa tan seria. Claro que a veces me desespera cuando llega con la noche entre sus manos, con la desesperación en su boca y entonces se sienta en el sofá, me riega un poco de ceniza de cigarrillo en el pelo, qué cosa tan seria, y empieza a cantar alguna canción triste, algo así como I want a trip trip trip como para poder resistir la mañana o para terminar de joderla trip trip trip.

Mierda, los días con Amarilla son algo serio. Voy a intentar hacer un horario de esos días llenos de sol, esos días un poco rotos, raros, llenos de humo, un poco llenos de café negro. Voy a hablar en presente porque para nosotros los gatos no existe el pasado. O bueno, sí existe, lo que pasa es que lo ignoramos. En cuanto al futuro, nos parece que es pura y física

mierda. Solo existe el presente y punto. El presente es ya, es un techo, una calle, una lata de cerveza vacía, es la lluvia que cae en la noche, es un avión que pasa y hace vibrar las flores que Amarilla ha puesto en el florero, el presente es el cielo azul, es una gata a la que le digo eres cosa seria y ella me responde sí, soy cosa seria, mierda, el presente es un poco de whisky con flores, es esa canción con café negro, es ese ritmo con olor a tomates, ocho de la mañana, techos grises, teticas con pecas, nada que hacer I want a trip trip trip mierda, qué cosa tan seria.

6:00 a.m.

Llega Amarilla de una fiesta y me dice oye Pink ¿cómo vas? Y yo le contesto que bien, todo va bien. Salvo mi corazón, todo va bien. Amarilla tiene el pelo revuelto, me acaricia y yo le doy un arañazo en una nalga, como para no perder la costumbre. Amarilla se dirige a la cocina y se prepara un café, mira por la ventana, se acaricia el pelo y dice que la vaina está jodida y yo pienso que en verdad todo está jodido. Los árboles están jodidos, las calles están jodidas, el cielo está jodido. Las palomas están jodidas. Mierda. Yo también estoy como jodido. Me dan ganas de ahogarme en salsa de tomate.

7:00 a.m.

Rojo o tal vez azul. No sé. El sofá donde está sentada tiene tal vez esos dos colores. Amarilla se fuma un cigarrillo. Se lo fuma sin afán. El humo azul de su cigarrillo me envuelve.

Amarilla me lo echa directo a los bigotes. Amarilla se arregla las uñas y me corta uno de los bigotes. Puta mierda. Siempre hace lo mismo cuando está deprimida. Luego subimos a la azotea y Amarilla abre los brazos, respira y me dice que la mañana está perfecta para suicidarse. Entonces me agarra y me lanza a otra azotea que queda abajo y yo doy vueltas y vueltas y por mis ojos pasan el cielo azul, los edificios, las nubes, el sol, las ventanas, los ruidos y finalmente caigo parado en la otra azotea en medio de un poco de ropa extendida y digo mierda, esta Amarilla es cosa seria. Subo hasta donde está Amarilla y me acurrunchó entre sus piernas y pienso mierda, qué rico. Me arrepiento de haber pensando en ahogarme en salsa de tomate. Comemos galletas de chocolate y miramos la ciudad. Amarilla se sienta y lee el periódico. Me muestra una noticia de un hombre que mataron por una orinada.

8:00 a.m.

Sube el viejo Job, el vecino de Amarilla, con un poco de café. Con Job viene Lerner, su gato. Lerner es un poco tímido. Yo saludo a Lerner y le digo oye Lerner ¿qué te pasa? Y entonces Lerner se esconde detrás de las piernas del viejo Job y me dice no Pink no me pasa nada, fresco loco. El viejo Job se sienta al lado de Amarilla y respira hondo.

Ya me lo conozco. Le gusta oler el champú que usa Amarilla. Fresa. A mí también. El viejo Job le echa un poco de brandy al café y deja la botella destapada. Meto mi lengua en la botella. Me gusta sentir ese mareo del brandy, ese mareo que quema

por dentro a esta hora cuando todo parece normal, cuando todo el mundo se dirige al trabajo, cuando todo el mundo piensa cosas correctas. Me gusta ese mareo a esta hora cuando no es normal que uno esté un poco ebrio, un poco triste, un poco como vuelto mierda.

9:00 a.m.

Bajamos. Estoy mareado por el brandy. Ebrio. Estoy envenenado por la mañana, por el cielo. Mentira. Estoy envenenado por Amarilla en la mañana, por Amarilla en el cielo, por ese olor de Amarilla que se halla diseminado por todas partes. El día huele a Amarilla. Miro hacia el cielo y veo en las nubes la forma de sus nalgas, la palma de sus manos. Veo los árboles y el ruido de las hojas me dicen oye gato marica pon atención te habla Amarilla. Mierda, qué cosa tan seria trip trip trip.

10:00 a.m.

Amarilla se despide del viejo Job. El viejo suspira y le mira las nalgas. Lo comprendo. Antes de despedirse, el viejo Job le dice que más tarde viene con una torta de naranja y Amarilla dice que está bien, viejo, está bien. Amarilla cierra la puerta y se abre la camisa. Se fuma un cigarrillo. Abre la ventana. Se coge las tetas, observa sus pecas iluminadas por los rayos del sol, se mira las manos y finalmente se queda estática ante su reflejo en la ventana y trip trip trip. Es evidente: Amarilla ha empezado a tejer la red de su día allí frente a la ventana. Está un poco

desesperada trip trip trip. Suena el teléfono. Amarilla contesta. Se ríe y dice que en realidad no sabe si tiene ganas de una orgía o de un pan con mermelada trip trip trip.

11:00 a.m.

El sonido del agua me aturde. Afuera hace sol. Amarilla se baña. Yo estoy en el sofá. El sol entra por la ventana. El ruido del agua inunda el día, la mañana, el mundo, los árboles. En ese momento solamente existe ese ruido. El mundo se reduce al sonido del agua cayendo sobre el cuerpo de Amarilla, sobre sus tetas, sobre sus nalgas, sobre su cuello, sobre sus piernas. Eso es el mundo: agua, Amarilla, la canción que canta trip trip trip, el rayo del sol que cae sobre mi cuerpo. Nada más. Amarilla sale del baño y me dice que salgamos a decirle adiós al cielo azul con las manos.

12:00 m.

Amarilla prepara algo para almorzar. Alguna receta con tomates. Fuma mientras pela los tomates. Dice que ayer fue a presentar una entrevista para un trabajo en la fábrica. Creo que una entrevista para un trabajo es algo así:

Nombre: Amarilla

Estado Civil: Soltera

Religión: Ninguna conocida. Alguna vez intentó ser krisna pero la cogieron comiendo una hamburguesa grasienta y la expulsaron. Pero se había leído parte del Libro de los Vedas.

Después intentó ser vegetariana. Tampoco le funcionó. Por último se metió a una liga que defendía las ballenas. Hasta donde sabía, su madre la bautizó. También hizo la primera comunión en la iglesia de Jesucristo Obrero.

Sexo: Perdió la virginidad en el asiento trasero de un viejo Ford, en una noche de verano.

Dirección: Avenida Blanchot.

Enfermedades: Las de la niñez y alguna que otra infección pasajera, sin importancia.

Experiencia laboral: Mesera de bar, acomodadora en un cine, alguna vez vendió lotería, traductora.

Estudios: Empezó a estudiar de noche inglés y computación pero la echaron a mitad de semestre porque un malparido profesor se lo pidió.

Idiomas: Algo de inglés. Se sabía toda la canción «Copacabana» de Barry Manilow.

Comemos en silencio. Amarilla me dice que tiene ganas de hacer una siesta porque siempre que duerme a esa hora sueña con barquitos de papel en la mitad de un cielo azulito. Pienso en sus nalguitas rosaditas trip trip trip.

1:00 p.m.

Amarilla está dormida. De pronto suena el ping-dong del timbre. Mierda, debe ser el viejo Job. Otra vez ping-dong. Mierda, qué viejo tan insistente. Dong-dong. El viejo Job se sienta junto a la puerta y empieza a comerse la torta de naranja. Le da un poco a Lerner, el gato tímido. Salgo por una ventana

y me acerco lentamente. El viejo Job me ofrece un poco de torta, pero yo la rechazo. Mierda, qué cosa tan seria. Le digo a Lerner que qué le pasa, que qué se cree, que más bien nos vayamos a cazar raticas, como debe ser. Lerner se avergüenza y me dice claro Pink.

2:00 p.m.

Amarilla se despierta. Estoy junto a ella. Amarilla se dirige al comedor y se sirve un poco de whisky. Suena el teléfono y Amarilla contesta. Se ríe y dice que en verdad haga lo que se le dé la puta gana. Entonces me acaricia y me dice que me va a llevar al hipódromo para que conozca los caballos. La veo y pienso que en verdad haga lo que se le dé la puta gana conmi-go trip trip trip.

3:00 p.m.

Salimos a un parque. La tarde está un poco triste. Un poco rota. Un poco difusa. El cielo está gris y hace un poco de frío. Amarilla me dice que tiene ganas de tomarse una fotografía en un día triste. Amarilla se sienta bajo un árbol y saca una botella de whisky. Toma un sorbo y ensopa su mano con el whisky y yo le lamo la palma lentamente, sin afán. Nuestro árbol es grande e inspira confianza. A los pocos minutos una sirena interrumpe la calma del parque. Mierda. Unos árboles más allá una mujer se trata de ahorcar. La Policía llega a tiempo e impide que la mujer se ahorque. Claro, la Policía siempre se tira

todo. Esta mujer ahorcada hubiera completado lo que le faltaba a ese día para ser más triste trip trip trip.

4:00 p.m.

Llega Sven, un individuo que huele a tigre fatigado. Le da un beso a Amarilla en la boca, en la mitad de los dientes y mierda, pienso que este par se quiere. Sven dice que el próximo sábado la va a llevar al hipódromo y que va a apostar por Escarabajo, que Escarabajo lo va a sacar de la quiebra y le promete que se emborracharán con vodka en una tarde de sol y que irán a la playa y le comprará una pelota de colores y le dirá que la ama. Pura mierda.

5:00 p.m.

Estamos de nuevo en el apartamento de Amarilla. Sven le dice a Amarilla que los sábados son los días del amor y los caballos y entonces se encierran y hacen el amor. Me dan ganas de ahogarme en salsa de tomate trip trip trip.

6:00 p.m.

Debajo de la puerta de la alcoba de Amarilla empieza a salir humo. A los pocos instantes salen Amarilla y Sven desnudos. Sven se dirige a la cocina y trae un balde con agua y lo echa sobre la cama, que está en llamas. Amarilla le grita a Sven que se vaya, que haga lo que le dé la puta gana. Sven trata de abrazarla

y le dice fresca muñeca, no ha pasado nada. Amarilla se pone a llorar y dice que tiene ganas de vomitar. Sven le dice tranquila muñeca, vomita. Mierda, mucho trip trip trip. Amarilla coge la ropa de Sven y la lanza por la ventana y después empieza a lanzarle los vasos a Sven. Uno, dos, tres. Cuatro putos vasos. Qué cosa tan seria. Sven sale con una toalla enrollada y recoge su ropa. Desde allá abajo le grita a Amarilla que es una muñeca muy salvaje, como a él le gustan trip trip trip.

7:00 p.m.

Salimos de nuevo a la calle. Amarilla lleva consigo su ropa y la va regando por el camino. Me siento como en esos cuentos de hadas donde la princesa perdida va dispersando cosas para recordar el camino a casa.

Entramos en un bar y Amarilla pide una botella de vodka y le regala una camiseta de flores al hombre del bar. Una canción triste suena de fondo. «*Don't Leave Me Now*». Amarilla enciende un cigarrillo, mira hacia el fondo del bar, se marea con las luces, mira a esos hombres de camisas de colores que entran con esas miradas que dicen hoy soy todo tuyo mamita y entonces Amarilla dice un momento muñecos hoy no quiero enredos don't leave me now trip trip trip. Amarilla se echa todo el contenido de la botella por todo el cuero. Después se acerca al hombre que atiende en el bar y le dice que cuando lo ve no sabe si darle un beso o cortarse las venas. El hombre le dice, fresca muñeca, todas las muñecas son iguales y le indica que el baño está al fondo a la derecha y que cerca del espejo hay una

cuchilla. Fresco muñeco, le responde Amarilla y entonces pide un cocktail llamado Lluvia Ácida.

8:00 p.m.

La noche está demente. Las luces de la ciudad son pequeños ojos rotos, locos, alucinados que nos vigilan. Me dan ganas de estar en mitad de una autopista. En la esquina nos encontramos con Sven. Se abrazan y Amarilla le dice que le haga el amor hasta el amanecer, ni más faltaba preciosa, que le meta la lengua hasta el estómago, que le toque el culo una y otra vez porque está haciendo frío, que no deje de lamerla mientras sueña «*Touch Me*», que le inyecte susurros entre sus dientes touch me, que le toque sus manos llenas de pequeñas líneas solitarias touch me, sus nalguitas rosaditas touch me, sus ojos llenos de pececitos nocturnos, sus palabras invadidas de cielitos rasgados touch me please hasta el amanecer, hasta cuando en el sol raye el cielo con su luz, ni más faltaba muñeca trip trip trip.

9:00 p.m.

Muere el viejo Job. El apartamento está lleno de gente. Mierda. Amarilla entra y le da un beso en la frente al viejo. Amarilla pregunta por Lerner, el gato tímido de Job, pero nadie sabe dónde está. Amarilla y Sven van a comprar flores para Job. Al poco rato regresan.

Subimos a la azotea. La noche. La lluvia. El calor. Amarilla esparce las flores sobre la noche oscura. Las flores caen y se

infiltran en el olor de la oscuridad. Lentamente. Flores blancas sobre la espuma de la noche. La noche. Las flores caen en la calle, en la humedad del reflejo de las nubes en la lluvia. Flores. Flores en el núcleo de las babas de Amarilla. La lluvia. Empieza a llover y las gotas de lluvia mojan la noche, las manos, las flores de la calle. Amarilla dice que los sábados son los días de los gatos, de los caballos y de los muertos. Mierda, qué cosa tan seria. La ciudad entera está muerta trip trip trip. Flores. Flores. Lluvia.

UNA AMBULANCIA CON WHISKY

Me llamo Sven y morí ayer o tal vez la semana pasada. Realmente no sé qué sucedió. No sé si fue una inyección de veneno a las venas o si me estallaron una botella de whisky en la cabeza. No sé. No sé. O si me abalearon en la puerta del bar Anaconda. O tal vez en el bar Los Moluscos. Lo único que recuerdo son las luces de un bar, el bar lleno de vómito y una canción, «*With or Without You*», en el fondo del recinto, en el fondo de las luces, en la lluvia, un letrero en el espejo que decía entonces le diré que jamás me pondré esta ropa, un teléfono, una ambulancia, una puerta blanca y de nuevo alguien que decía oye tranquilo yo puedo vivir sin ti, tranquilo with or without, doce de la noche mierda, se nos muere, mucha heroína, mucho alcohol, mucha tristeza, mierda, quédese tranquilo, relájese, piense en un cielo azul, en una ciudad con edificios blancos, sueñe con un potrero lleno de naranjas, con una mañana con una lluvia de aves negras, piense lo que le dé la gana, mierda se nos va, tranquilo with or without.

En la ambulancia me sentí como un muñeco de trapo. Un muñeco de trapo abaleado por las luces de la sirena, el mareo,

la noche y el olor a sangre. Tenía ganas de cagar diamantes. Cerré los ojos y de pronto me sentí como un árbol atravesado por cuchillos blancos.

Creo que en la ambulancia me enamoré de la enfermera. Era una enfermera como las de las películas, un poco con los ojos claros, con las manos finas, y poseía ese olor a sangre con perfume de rosas, ese perfume, yo no sé, que me mareaba, que me enloquecía, ese perfume que sabía a doce de la noche, a mírame preciosa antes de que me muera. Le dije a la enfermera que me parecía conocerla, que tal vez la había visto en un parque leyendo algún libro, que tal vez la había visto en alguna lluvia o que a lo mejor el calor de su cuerpo me recordaba el aliento de las mañanas de sol. Pero puta mierda. Ella me dijo que no le gustaban los parques. Falsa alarma. Y pensé yo a esta la he visto en alguna parte, mierda, esta tiene cara de caminar por las calles, tiene cara de cantar «*Spend the Night Together*». Olía a limpio, a alcohol. Creo que le dije oye preciosa ¿me quieres? Y ella respondió claro precioso, te quiero, pero quédate quieto. La sirena siguió aullando y creo que estaba muy mal cuando pasamos por la avenida Blanchot porque alcancé a escuchar el murmullo de la gente en los bares, en las calles, en los parques. El murmullo de las calles se me escapaba definitivamente por entre el pliegue diminuto de los dedos y de la risa. Mierda. El ruido de la calle, el olor de la calle, el perfume del mundo se estaba diluyendo vertiginosamente en el reflejo de la lluvia y entonces le dije a la enfermera que siempre había querido una muerte así, con violencia, con whisky en mitad de los sesos, una muerte nocturna y en una ambulancia con una

enfermera que me dijera que pasáramos la noche juntos. Ella me respondió que me quería dar un beso en mitad de mis sueños ensangrentados. Claro preciosa. La sirena siguió aullando como un perra herida que corría rompiendo el aliento caliente de la noche.

El hospital era triste. En urgencias había un marica acuchillado. Tenía la cara descompuesta y su perfume barato se mezclaba con el olor de su sangrecita escandalosa. A un lado había un atropellado. Más allá un borracho. También una chica con una sobredosis. En todo caso el recinto olía a whisky, sangre y algodón. La noche estaba descompuesta. La noche se estaba cayendo a pedazos a mi alrededor como un absurdo naipe donde definitivamente nadie ganaba.

La enfermera me dijo fresco muñeco, nada va a pasar, abran paso, se nos va, mierda, y yo estaba pensando en mi número telefónico para dárselo a ella y decirle pasemos la noche juntos, pasemos la noche bajo la lluvia, soñemos bajo la lluvia, seamos la lluvia, seamos una hoja seca. La camilla siguió avanzando a través de un pasillo lleno de gente en silencio. La gente me miraba con esos ojos que decían pobre chico, tan joven, tan sano, tan blanco, y yo desde la camilla les dije tranquila gente, no soy tan sano, ni tan limpio, ni tan creyente, no me lavo los dientes todas las mañanas como ustedes, no me cambio de medias todos los días como ustedes, no leo tantos libros, no hago tanto deporte ni rindo tanto en el trabajo como ustedes, tranquila gente.

No venía al hospital desde la última sobredosis de un amigo que se inyectó whisky en las venas en un WC de un bar luego de una decepción amorosa. Le dije a la enfermera que no me

dejara, que estuviera conmigo todo el tiempo y que por favor encendiera un cigarrillo, claro precioso, toma un cigarrillo, dijo ella y entonces me acarició la cabeza suavemente como si mis sueños fueran copos de algodón. El Cuerpo. La Noche. La sangre. Dentro de mi cuerpo una mano invisible y caliente escarbaba y sacaba manojos de luz y silencio. Un hueco negro se estaba abriendo paso a través de los huesos y lo estaba llenando de sangre y ruido. Después llegó un médico y dijo que el asunto era grave, que no me moviera, que de qué grupo sanguíneo era y le dije que de grupos sanguíneos poco, que si quería le hablaba un poco de grupos de rock. Un poco de Jimi Hendrix Experience, de Cream, qué va, dijo el médico, el asunto es grave, y entonces miré a la enfermera y me dieron ganas de estar con ella en una fiesta bailando «*Spend the Night Together*», ganas de estar con un vaso de vodka, ganas de darle un beso en la mitad de los dientes blancos, ganas de decirle nena vámonos de aquí y hacemos el amor en la playa, ganas de estar en sus manos llenas de árboles. Sin embargo ya estaba muy mal, estaba mareado y el techo se movía encima, afuera llovía y no me acordaba ya si me llamaba Sven o Axel o si era viernes o sábado o jueves en la mañana, tranquilo I can live with or without you. No sabía si tenía realmente ganas de morirme o ganas de desangrarme en mitad de la lluvia mientras le decía a la enfermera me gusta tu perfume, me gusta la forma como me inyectas el suero, me gusta la forma como me tomas el pulso, me gusta tu pelo, me gusta el sabor de tu boca, me gusta cuando cantas «*Spend the Night Together*», me gusta ese reloj que da la media noche, me gusta que me acaricies la cara mientras me

desangro, me gusta cuando dijiste tranquilo muñeco, todo va a salir bien, piensa algo lindo, y claro, yo le dije que iba a pensar algo lindo, y pensé que le regalaba flores con vodka en una mañana de sol y que llegaba a su puerta y hacía sonar el timbre ding-dong y le decía hola preciosa, tranquilo muñeco, pero ya no sabía si era RH positivo, RH negativo, si era negro o blanco o sambo o mulato, cristiano, budista, ateo, asalariado, independiente, comunista línea Pekín, comunista línea Moscú, no me acordaba si me gustaba el café con dos cubitos de azúcar o con tres, si estaba en La Habana o en Praga, en Bruselas o en París, en un hospital o en un muladar, tranquilo nene.

Después me llevaron al quirófano y varios médicos con cara de ballena blanca se me echaron encima, fresco locos le dije, grave asunto dijo uno de ellos y giré la cabeza y en la puerta vi a la enfermera que me mandaba un beso con las manos, con la punta de los dedos. Estiré los brazos. Hice todo lo posible por atrapar ese beso invisible que venía hacia mí y creo que lo atrapé porque sentí un calorcito en la palma de las manos cuando lo agarré y mierda, volví a mirar hacia atrás y allí estaba la enfermera y me dijo adiós con las manos y deseé no morirme, deseé en ese momento con todas mis ganas ser el conductor de esa ambulancia para verla todos los días, para decirle oye preciosa ¿me quieres?, para cantar junto a ella «*Spend the Night Together*» en las mañanas de sol, pero en ese momento morí.

Cuando salí del hospital la ciudad había sido destruida por completo. Era un viernes y hacía sol, pero también llovía.

La mañana olía un poco a whisky, un poco a Philip Morris Products Inc., Richmond, Va., Flip-Top. La mañana era una prisión de luces amarillas, una prisión con cielo azul y hojas secas. Pensé en Amarilla, que se había ido una semana atrás. Deseé con todas las ganas del mundo estar con Amarilla en algún bar tomando una copa y viendo alguna pelea. Simplemente estar con Amarilla y verla a través del efecto del vodka y después salir a la calle, a algún parque y decirle tranquila muñeca, yo te amo, tranquila muñeca, yo te quiero, tranquila muñeca, todo va bien, tranquila muñeca, el próximo sábado te llevo al hipódromo y apostaremos por LSD o por Sandinista, tranquila muñeca, te compraré gafas de sol y nos emborracharemos toda la tarde, no importa si el LSD no gana, no importa, solo importa que estemos los dos, luego iremos a la playa a ver los barcos, contaremos los barcos, soñaremos que estamos en África, en Asia, tranquila muñeca, llevaremos todos tus gatos, de eso puedes estar segura, tranquila muñeca, los dos estaremos presentes en el leve perfume de los árboles en las mañanas, seremos árboles, seremos hojas, seremos el viento, tranquila muñeca, nos desmoronaremos lentamente en las mañanas de lluvia, en las mañanas de sol, y luego cuando pasen los días, no tendremos ni las mañanas, ni la lluvia, ni el sol, tranquila muñeca, también llevaremos vodka y whisky para ensopar los días, las mañanas y las noches, los minutos, las horas, las hojas, las nubes, el cielo, el aire, las calles, las montañas con alcohol, con ruido, con babas, con sudor. Tranquila muñeca.

Durante varios días caminé sin rumbo fijo por las ruinas de la ciudad. Finalmente llegué al malecón. El mar estaba en

calma. Llovía. No había nadie. Al final del malecón había un pequeño bar. Se llamaba el Café del Capitán Nirvana. Eran las doce del día y cuando me acerqué sonaba «*I Shot the Sheriff*». Era lunes y no pude obtener satisfacción. Me senté en una de las mesas exteriores del Café del Capitán Nirvana y un hombre salió a atenderme. Era la primera vez que veía a alguien en muchos días y le dije al hombre que si había visto a una enfermera de ojos claros que cantaba «*Spend the Night Together*» por allí y el hombre me dijo que no. Bueno, entonces pedí un vaso de vodka con hielo y no pude obtener satisfacción. Cuando el hombre me trajo el vodka le pregunté su nombre y me dijo que se llamaba Max y le pregunté esta vez por Amarilla, que si había visto a Amarilla, que olía a rosas. Max me dijo que me tranquilizara, que me limitara a respirar.

Claro Max. Me tomé el vodka lentamente. Miré hacia el mar. Era mediodía y una gaviota revoloteaba encima del Café del Capitán Nirvana y no pude obtener satisfacción.

Ese día le dije a Max que si me podía quedar allí, que no tenía donde ir. Max dijo que claro, que solamente cerrara los ojos, que me tomara todo el vodka que quisiera y que escuchara «*I Shot the Sheriff*». Después Max puso algo de Wagner porque alguna vez leyó que era un tipo que era capaz de componer mientras cagaba y que eso era suficiente para confiar en él. Claro Max.

Los días en el Café del Capitán Nirvana eran realmente tediosos. En las tardes siempre nos cogíamos a golpes con Max, porque él decía que era para no perder la costumbre.

Entonces Max se dirigía al afiche de George Foreman que tenía colgado en el interior del Café del Capitán Nirvana y

se postraba enfrente, se echaba la bendición, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y luego decía oye Foreman ¿otro golpe? Y Foreman le decía desde el afiche, claro Max, otro golpe. Entonces salía e improvisaba con las mesas del bar un ring de boxeo y me decía oye Sven ¿preparado? Y yo le respondía, claro Max, preparado. Atención, round número uno. El Café del Capitán Nirvana presenta esta tarde a Max, el Asesino del Malecón, treinta peleas por la vía del sueño, poderoso jab de izquierda, una cortadura en la mejilla derecha, un Cadillac rojo para llevar a las muñecas después de la pelea. Y en la otra esquina Sven, Cara de Tigre Cansado, veinte peleas por la vía del sueño, diez perdidas, tres entradas en la cárcel por abuso de alcohol y drogas. Luego de media hora, la sangre empezaba a correr por las narices y entonces parábamos y seguíamos tomando vodka. Recordábamos la cárcel, la calle, las hamburguesas con grasa, la cerveza, en fin, ese olor a Philip Morris Products Inc., Richmond, Va., Flip-Top Box, Made in USA que se iba pegando a los cuerpos, al cielo azul de las mañanas, a los días y a las noches, recordábamos a esas mujeres que olían a whisky, y esas mujeres por las que uno era capaz de matar a un comisario, esas mujeres por las que uno es capaz de escribir su nombre con sangre sobre la superficie de un lago congelado y claro, siempre le hablaba a Max de la enfermera que había conocido la noche que morí, y le decía oye Max, si la hubieras visto, me mandó un beso invisible en el quirófano mientras cantaba «*Spend the Night Together*» y me dijo tranquilo muñeco y yo le respondí tranquila muñeca y no pude obtener satisfacción.